

100

AÑOS

HISTORIAS DE AGATHA CHRISTIE

# Agatha Christie<sup>®</sup>

## LA VENGANZA DE NOFRET



booket

# **Agatha Christie**

## La venganza de Nofret

Traducción de Inés Cortés Bover

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

*Death Comes as the End* © 1944 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

El logo del monograma de AC es una marca comercial y AGATHA CHRISTIE y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

*Agatha Christie*

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Traducción de Inés Cortés Bover

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta  
Ilustración de la cubierta: © David Sierra  
Primera edición en Colección Booket: julio de 2020

Depósito legal: B. 10.309-2020  
ISBN: 978-84-08-23168-4  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)  
*Printed in Spain* - Impreso en España

# Capítulo 1

## Día 20 del segundo mes de inundación

Renisenb contemplaba el Nilo. Oía en la distancia las voces de sus hermanos Yahmose y Sobek, que discutían sobre si determinados diques necesitaban ser reparados o no.

Sobek, como siempre, se expresaba en voz alta. Tenía la costumbre de afirmar sus juicios en un tono de confiada seguridad. En cambio, Yahmose hablaba con una voz baja y quejosa, que delataba ansiedad y duda. Yahmose estaba siempre inquieto por una cosa u otra. Era el primogénito y, mientras duraba la ausencia de su padre en las tierras del norte, la administración de los cultivos quedaba más o menos en sus manos. Era lento, cauto y dado a encontrar dificultades donde no existían. Tenía el cuerpo recio, se movía con lentitud y le faltaban la confianza y la jovialidad de Sobek.

Renisenb, desde su más tierna infancia, recordaba haber oído discutir a sus hermanos en parecidos tonos. Esto le produjo una repentina sensación de tranquilidad. Ya estaba en casa. Había regresado al hogar.

Pero al mirar nuevamente el río de aguas brillantes y pálidas, sintió renacer el dolor y la rebeldía. Khay, su joven marido, había fallecido. Khay, el de la faz sonriente y los fuertes hombros, estaba con Osiris en el Reino de los Muertos... Y ella, su amada esposa Renisenb, se había quedado sumida en la desolación. Habían pasado juntos ocho años,

se había casado siendo casi una niña, y ahora, convertida en viuda, había vuelto con Teti, la hija de Khay, a la casa paterna.

Por un momento, le pareció que no había abandonado jamás aquella casa.

El pensamiento la alivió.

Olvidaría esos ocho años tan llenos de una increíble felicidad ahora destruidos por la pérdida y el dolor.

Sí, los olvidaría, los apartaría de su mente. Volvería a ser Renisenb, la despreocupada hija de Imhotep, el sacerdote del *ka*. El amor de su esposo y hermano había sido cruel, engañoso en su dulzura. Recordó los fuertes hombros bronceados y la boca sonriente de Khay. Ahora estaba embalsamado, envuelto en vendajes, protegido por amuletos en su viaje por el otro mundo. Khay ya no estaba en este mundo para navegar y pescar en el Nilo, ni reír bajo el sol, mientras Renisenb, tendida en la barca, con la pequeña Teti a su lado, coreaba las risas de su marido.

«¡No quiero acordarme de eso! —pensó—. ¡Se acabó! He vuelto a mi casa y todo sigue igual que antes. Yo también volveré a ser la misma. Todo será como antes. Teti ya lo ha olvidado. Juega y se ríe con los demás niños.»

Renisenb se volvió bruscamente y encaminó sus pasos hacia la casa. En su camino se cruzó con varias acémilas cargadas que se dirigían a la ribera. Pasó junto a los graneros y los cobertizos, y entró por la cancela. Era un patio muy bonito. Había un estanque rodeado de adelfas y jazmines, y sombreado por sicomoros.

Sonaban las voces agudas de Teti y de los otros niños que jugaban allí entrando y saliendo a la carrera del pequeño pabellón inmediato al estanque. Renisenb advirtió que Teti jugaba con un león de madera que abría y cerraba la boca cuando se le tiraba de un cordel, el mismo juguete que tanto le gustaba cuando era niña.

«He vuelto a casa...», se dijo satisfecha.

Nada había cambiado, todo era como había sido. La vida aquí era metódica, segura, inmutable. Ahora la niña era Teti y Renisenb una más de las madres que vivían entre los muros de la casa, pero la estructura, la esencia de las cosas, no había cambiado.

Una pelota con la que jugaba uno de los niños fue a parar a sus pies. La recogió y la lanzó de vuelta entre risas.

Renisenb cruzó el pórtico de columnas vistosamente coloreadas, entró en el edificio, atravesó la vasta sala central, con frisos de lotos y amapolas, y siguió hasta las habitaciones de las mujeres, en la zona posterior de la casa.

Unas voces agudas llegaron a sus oídos y otra vez hizo una pausa para saborear con placer los viejos ecos familiares: Satipy y Kait discutían como siempre. La voz de Satipy sonaba como de costumbre, aguda, dominante, prepotente. Satipy era la esposa de Yahmose, una mujer alta, enérgica, gritona y de una belleza austera. Continuamente dictaba la ley a los demás, reprendía a los criados, encontraba defectos en todo y conseguía que se hicieran cosas imposibles, a fuerza de vituperios y de personalidad. Todos temían su lengua y se apresuraban a obedecer sus órdenes. El mismo Yahmose admiraba enormemente a su resuelta y enérgica esposa y se dejaba tiranizar por ella de un modo que enfurecía a Renisenb.

A intervalos, cuando la voz chillona de Satipy hacía una pausa, sonaba la voz tranquila y obstinada de Kait, una mujer de cara aplanada y ancha, esposa del gallardo y alegre Sobek. Vivía consagrada a sus hijos y rara vez pensaba en nada más ni hablaba de otra cosa. En las disputas con su cuñada sólo usaba un arma: la de repetir, con tranquila e inmutable obstinación, la argumentación inicial. No se acaloraba ni excitaba, y ni por un momento tenía en cuenta otro criterio que el propio. Sobek quería mucho a su esposa y le hablaba con libertad de todos sus asuntos, con la certeza de que sólo aparentaba escuchar, con reconfor-

tantes gestos y sonidos de asentimiento o disentimiento, y que no recordaría nada inconveniente porque, con toda seguridad, estaría absorta en algún problema relacionado con los chiquillos.

—¡Esto es un ultraje, eso digo yo! —gritó Satipy—. ¡Si Yahmose tuviera los arrestos de un ratón no lo toleraría! ¿Quién es el amo aquí en ausencia de Imhotep? ¡Yahmose! Y yo, que soy su mujer, debo tener el derecho a escoger antes que nadie las esteras y los almohadones que me convengan. Ese hipopótamo de esclava negra tendría que...

La voz pesada y profunda de Kait le interrumpió:

—No te comas el pelo del muñeco, pequeña mía. Ten, coge este dulce, que sabe mucho mejor.

—En cuanto a ti, eres una grosera, Kait. Ni siquiera escuchas lo que te digo, no contestas, tus modales son atroces.

—El cojín azul siempre ha sido mío. Oh, mira a la pequeña Ankh. ¡Cómo intenta andar!

—Eres tan estúpida como tus hijos, Kait, lo que ya es decir. Pero no te consentiré que te salgas con la tuya. Tengo mis derechos.

Renisenb se sobresaltó al oír una suave pisada detrás de ella. Al volverse, la joven experimentó el viejo y conocido sentimiento de disgusto al ver que se trataba de Henet.

La flaca cara de ésta mostraba su habitual sonrisa servil.

—Piensas, Renisenb, que las cosas no han cambiado —dijo la otra—. ¡No sé cómo toleramos la lengua de Satipy! Kait tiene la suerte de poder replicarle. Otros no somos tan afortunados. Yo sé cuál es mi sitio, y agradezco mucho a tu padre que me proporcione cobijo, comida y vestido. Es un hombre muy bueno. Siempre he procurado corresponderle. Trabajo sin parar en todo lo que puedo, echando una mano dondequiera que hace falta. Y no porque espere gratitud. Si tu buena madre viviera todo sería diferente. Ella me apreciaba. ¡Éramos como hermanas! Era una mujer

hermosa. Bien, yo he cumplido siempre con mi deber y he mantenido mi promesa. «Vela por mis hijos, Henet», me dijo cuando estaba moribunda. Y he cumplido mi palabra. He sido la esclava de todos y nadie me ha dado nunca las gracias. ¡Nunca las he pedido y nunca me las han dado! «Es sólo la vieja Henet, ella no cuenta», dicen. Nadie piensa en mí. ¿Y por qué habrían de hacerlo? Yo sólo intento ser útil, nada más.

Se escurrió como una anguila por debajo del brazo de Renisenb y entró en el cuarto interior.

—Respecto a los cojines, me tienes que perdonar, Sati-py, pero oí decir a Sobek que...

Renisenb se apartó. Su viejo desagrado por Henet volvió a dominarla. ¡Era curioso que todos miraran mal a Henet! Era por su voz quejumbrosa, su continuada autocompasión y el placer malicioso con que avivaba las llamas de una discusión.

«¿Y por qué no? Debe de ser la forma de entretenerse de Henet», pensó Renisenb. Su vida sin duda era penosa, y era cierto que trabajaba como una mula y nadie se lo agradecía. Pero resultaba imposible hacerlo porque llamaba la atención sobre sus propios méritos con tanta insistencia que helaba todo impulso generoso que uno pudiera sentir.

Quizá Henet, se dijo Renisenb, fuera de esas personas cuyo destino consiste en consagrarse a los demás sin que nadie se preocupe de ellas. Era fea y también estúpida. Sin embargo siempre estaba al corriente de cuanto ocurría en la casa. Su andar silencioso, sus aguzados oídos y sus inquietos ojos atentos a todo conseguían ciertamente descubrir muy pronto cualquier secreto. En ocasiones se reservaba sus descubrimientos, mientras que en otras iba con sus chismorreos de una persona a otra de la casa, para después observar complacida los resultados de sus habladurías.

En un momento u otro, todos los habitantes de la casa habían implorado a Imhotep que despidiese a Henet, pero

éste no quería ni oír hablar de ello. Era quizá el único de todos que apreciaba a Henet, quien le correspondía con una devoción que el resto de la familia encontraba nauseabunda.

Renisenb vaciló indecisa mientras escuchaba la creciente discusión de sus cuñadas azuzadas por la intervención de Henet. Luego se dirigió al pequeño cuarto de su abuela Esa, a quien asistían dos esclavas negras. La anciana estaba ocupada examinando unas telas de lino que le habían llevado las muchachas y las reprendía del modo amistoso característico en ella.

Sí, todo seguía igual que antes. Renisenb permaneció escuchando un rato, inadvertida. La anciana Esa sólo se había encogido un poco. Pero su voz era idéntica, e idénticas las cosas que decía, palabra por palabra, a las que recordaba Renisenb haberle oído decir antes de marcharse de su hogar ocho años atrás.

Renisenb volvió a salir sin que Esa ni las esclavas reparasen en ella. La joven se detuvo un momento ante la puerta abierta de la cocina. Olía a pato asado y le llegaban las voces de los que charlaban, discutían y se reían simultáneamente. Vio un montón de legumbres listas para ser cocinadas. Se quedó allí quieta, con los ojos medio cerrados. Desde donde se hallaba lo oía todo: la variedad de ruidos en la cocina, la voz chillona de Esa, los tonos estridentes de Sati-py y, muy apagada, la profunda y persistente voz de contralto de Kait. Una babel de voces femeninas donde se mezclaban riñas, discusiones, risas, quejas, exclamaciones...

Y de repente Renisenb se sintió ahogada, abrumada por esta persistente y clamorosa feminidad. Mujeres, ¡ruidosas y vociferantes mujeres! Una casa llena de mujeres, nunca calladas, nunca apacibles, siempre hablando, siempre gritando, diciendo cosas, pero nunca haciéndolas.

Recordó a Khay, silencioso y atento en el bote, con su mente concentrada en el pez que iba a arponear...

Nada de este chasquido de lenguas, de esta incesante y permanente agitación.

Renisenb salió velozmente de la casa hacia la luz, el calor y la clara quietud. Vio a Sobek que volvía de los campos y, en la distancia, a Yahmose subiendo hacia la tumba.

Tomó el camino de los acantilados de piedra caliza que ascendía hacia donde estaba la tumba. Era la sepultura del gran noble Meriptah, y el padre de Renisenb era el sacerdote encargado de su mantenimiento. Todas las tierras y bienes de la propiedad formaban parte de la dotación de la tumba.

Cuando Imhotep se ausentaba, las tareas de sacerdote del *ka* recaían en su hermano Yahmose. Cuando Renisenb, después de subir lentamente el empinado sendero, llegó arriba, vio a su hermano hablando con Hori, el administrador de su padre, en una pequeña cámara de roca contigua a la sala de las ofrendas de la tumba.

Hori había extendido sobre sus rodillas una hoja de papiro y Yahmose se inclinaba para mirarla.

Los dos hombres sonrieron a Renisenb al verla llegar y sentarse a la sombra. Ella siempre había querido mucho a su hermano. Era afable y cariñoso. Cuando Renisenb era pequeña, Hori había sido bondadoso a su manera grave y seria, y en ocasiones le había arreglado sus juguetes rotos.

Cuando ella se marchó, Hori era un joven taciturno y solemne, con dedos ágiles y sensibles. Renisenb pensó que, aunque algo envejecido, no había cambiado mucho. Su sonrisa era la misma que ella recordaba.

Yahmose y Hori dialogaban en voz baja.

—Setenta y tres medidas de cebada con el joven Ipy...

—En total, entonces, ciento veinte de cebada y doscientas treinta de trigo.

—Sí, pero falta el precio de la madera, y la cosecha se pagó en aceite en Perhaa...

Siguieron hablando. Renisenb se sentó, confortada y

contenta con el murmullo de las voces de los hombres como música de fondo. Al final, Yahmose le devolvió el papiro a Hori y se marchó.

Renisenb permaneció sentada en un amistoso silencio.

Al cabo de un rato tocó otro rollo de papiro y preguntó:

—¿Es de mi padre?

Hori asintió.

—¿Y qué dice? —preguntó con curiosidad.

Renisenb desenvolvió la hoja y miró los signos sin sentido para alguien como ella, que no sabía leer.

Hori, sonriendo, se inclinó sobre el hombro de la muchacha y, pasando el dedo sobre los signos, los leyó. La epístola estaba redactada en el pomposo estilo propio de los amanuenses profesionales de Heracleópolis:

—El sacerdote Imhotep, servidor del Estado y del *ka*, dice:

*Deseo que os halléis con tan buena salud como la de quien vive un millón de vidas. Así el dios Herishaf, señor de Heracleópolis, y todos los demás dioses os ayuden. Así el dios Ptah os conceda el júbilo de corazón de quien llega a la vejez. El hijo habla a su madre, el servidor del ka se dirige a su madre Esa. ¿Cómo estás de salud, paz y riquezas? Los demás de la casa, ¿cómo estáis? Y tú, hijo Yahmose, ¿cómo está tu vida de salud y seguridad? Procura sacar de mis tierras el mayor provecho. Trabaja duro y no levantes tu cara de la tierra. Si eres laborioso, yo rogaré a Dios por ti...*

Renisenb se echó a reír.

—¡Pobre Yahmose! ¡Estoy segura de que trabaja a más no poder!

Las exhortaciones de su padre hicieron que lo recordara con toda claridad: su pomposidad, sus maneras fastidiosas y sus continuas instrucciones y consejos.

Hori continuó con la lectura:

*Cuida mucho de mi hijo Ipy, que creo que está descontento. Ocúpate de que Satipy trate bien a Henet. Escríbeme sobre la cosecha de lino y la de aceite. Guarda el producto de mis siembras y conserva todo lo mío, porque de ello te hago responsable. Si se inundan mis tierras, ¡ay de ti y de Sobek!*

—Mi padre será siempre el mismo —comentó Renisenb feliz—. Siempre pensando que si no está presente nada saldrá bien.

Dejó a un lado el papiro y añadió con suavidad:

—Todo sigue como antes.

Hori no contestó. Cogió una hoja de papiro y empezó a escribir. Renisenb lo miró con cierta pereza durante un rato. Estaba demasiado contenta para hablar.

Al fin dijo con voz soñadora:

—Sería interesante aprender a escribir. ¿Por qué no aprendemos todos?

—Porque no es necesario.

—Quizá necesario, no; pero agradable, sí.

—¿Lo crees así, Renisenb? ¿Qué diferencia representaría para ti?

Renisenb reflexionó un instante y respondió lentamente:

—Cuando me lo preguntas así, la verdad es que no lo sé, Hori.

—Hoy bastan unos pocos escribas para todas las necesidades de una finca, aunque imagino que llegará el día en que haya ejércitos de escribas en Egipto.

—Será algo positivo —dijo Renisenb.

—No estoy tan seguro —contestó Hori con voz pausada.

—¿Por qué no estás seguro?

—Porque es muy fácil, Renisenb, y cuesta muy poco escribir diez medidas de cebada o cien cabezas de ganado o diez campos de trigo, pero luego lo escrito parecerá convertirse en real, y autores y escribas vendrán a despreciar a

quienes aran los campos, recogen la cosecha y atienden el ganado. Pero los campos y el ganado son reales, y no sólo marcas de tinta en un papiro. Y cuando hayan sido destruidos todos los registros y papiros, y los escribas se hayan dispersado, los hombres que siembran y cosechan seguirán, y Egipto continuará existiendo.

Renisenb miró fijamente a su interlocutor y dijo con calma:

—Te comprendo. Sólo son reales las cosas que pueden verse, tocarse y comerse. Escribir «Tengo doscientas cuarenta medidas de cebada» no quiere decir nada si no se tiene la cebada. Pueden escribirse montones de mentiras.

Hori sonrió ante la seriedad de la joven. Renisenb añadió de pronto:

—¿Te acuerdas de cuando arreglaste mi león de madera?

—Sí, me acuerdo, Renisenb.

—Teti juega con él ahora. Es el mismo león.

Hizo una pausa, y entonces continuó con sencillez:

—Cuando Khay se fue con Osiris me entristecí mucho. Pero ahora que he regresado a casa volveré a ser feliz y lo olvidaré, porque aquí todo sigue igual. Nada ha cambiado.

—¿De verdad lo crees así?

Renisenb lo miró con atención.

—¿Qué quieres decir, Hori?

—Quiero decir que siempre hay cambios. Ocho años son ocho años.

—Nada cambia aquí —dijo Renisenb con confianza.

—Entonces quizá algo debería cambiar.

Renisenb exclamó con viveza:

—No, no. Yo quiero que todo continúe igual.

—Pero tú no eres la misma Renisenb que se marchó con Khay.

—¡Lo soy! Y si no lo soy, pronto lo seré.

Hori meneó la cabeza.

—Renisenb, es imposible volver atrás. Ocurre como con mis medidas. Si yo cojo media y añado un cuarto y luego un décimo, y un veinticuatroavo, al final verás que la cantidad no será la misma.

—Pero yo sigo siendo Renisenb.

—Pero Renisenb tiene algo añadido a ella siempre, de modo que se convierte todo el tiempo en una Renisenb distinta.

—No, no. Tú eres el mismo Hori.

—Tú puedes creerlo, pero no es así.

—Sí, sí. Y Yahmose, siempre inquieto y preocupado, es el mismo. Y Satipy lo avasalla exactamente igual, y ella y Kait discuten como siempre por esteras y cojines, y luego las encuentro riendo juntas, como las mejores amigas del mundo. Henet continúa espíándolo todo y gimiendo sobre su devoción, y mi abuela discute con las muchachas por las telas de lino. Todo es lo mismo, y cuando venga mi padre habrá un gran revuelo, y preguntará por qué no se ha hecho esto y lo de más allá, y dirá que se debería haber hecho esto y lo otro. Yahmose se mostrará preocupado, y Sobek se reirá y contestará con insolencia, y mi padre mimará a Ipy, que tiene dieciséis años, como cuando tenía ocho, y nada será diferente.

Se calló, sin aliento.

Hori suspiró. Después dijo amablemente:

—No lo comprendes, Renisenb. Hay un mal que ataca desde el exterior y que todo el mundo puede ver, pero hay otro tipo de podredumbre que nace en el interior y que no muestra ningún signo externo. Crece lentamente, día a día, hasta que toda la fruta está podrida, comida por la enfermedad.

Renisenb miró a su interlocutor con los ojos muy abiertos. Hori había hablado con un aire ausente, como si no estuviera hablando con ella sino como un hombre que habla consigo mismo.

—¿Qué quieres decir, Hori? Me asustas —exclamó con un tono incisivo.

—Yo también tengo miedo.

—Pero ¿qué quieres decir? ¿De qué mal hablas?

Él la miró un instante y de pronto sonrió.

—Olvida mis palabras, Renisenb. Estaba pensando en las plagas que atacan las cosechas.

Renisenb suspiró aliviada.

—Lo celebro. No sé qué estaba imaginando.